



Estudios

Un nuevo comienzo para Europa

Alfonso Diez Torres
Embajador de la Unión Europea

Vivimos en tiempos cada vez más rápidos donde los cambios se suceden y los paradigmas cambian. En Europa –pero también en el resto de la comunidad internacional – estamos luchando por adaptarnos a gran velocidad. De hecho, el proyecto de integración europeo siempre fue un modo de adaptarse a los cambios de forma que permite a los países acomodarse a avances históricos que superan su poder individual.

La última década ha sido testigo de la adaptabilidad y flexibilidad de las instituciones europeas, de su plasticidad para ajustarse y mantener vivos los valores por los que fueron creadas: paz, solidaridad, progreso y bienestar.

Muchos han teorizado sobre las distintas transformaciones de la UE a través de su, en ocasiones, atribulada historia, sus refundaciones, sus encrucijadas. Es clásica ya la máxima de que "Europa se construye a través de sus crisis sucesivas" lo que es comprensible al observar cómo se declinaron las consecuencias de dichas crisis. Hemos vivido la primera Europa surgida de la II Guerra Mundial y centrada en evitar más conflictos bélicos y garantizar la paz; una segunda Europa tras la caída del Muro de Berlín destinada a extender los beneficios de la apertura de mercados y sociedades a una Europa reunida de nuevo. La crisis económica y financiera y la emergencia de un mundo globalizado nos han llevado (podemos decir casi forzosamente) a una tercera fase de la integración europea, una Europa 3.0 como la denominado el hasta hace poco presidente de la Comisión Europea, José Durao Barroso. Cada paso ha conducido a una Europa más interactiva pero también más compleja porque los retos a enfrentar también lo son y requieren formas más elaboradas de cooperación.

Esta fase 3.0 debe tratarse sobre la doble dimensión interna y externa de la Unión Europea: sobre el poder e influencia necesarios para garantizar la paz y la prosperidad en las condiciones marcadas por la globalización. Mejorar la gobernanza del euro – tal como se ha venido haciendo para atajar la crisis financiera y la posterior de deudas soberanas – ha resultado indispensable para garantizar la sostenibilidad de la moneda única a largo plazo. No ya en el futuro, sino ahora en el presente, se están volviendo imprescindibles este tipo de evoluciones institucionales y de naturaleza cada vez más política. El reto no es solo salvaguardar un mercado interior de casi 500 millones de personas sino que los ciudadanos

reciban los beneficios que la existencia de la Unión Europea posibilita en términos de bienestar, estabilidad y confianza en sus instituciones comunes.

Legitimar la Unión Europea a través de sus resultados

Las medidas adoptadas para salvaguardar el euro y para consolidar las finanzas públicas nacionales han evitado consecuencias catastróficas para todo lo alcanzado en décadas de integración. Los cambios introducidos hubieran sido necesarios e iban a tener que acometerse en cualquier caso. Europa no fue origen de las dificultades, no fue parte del problema, sino parte de la solución.

No podemos negar el nefasto impacto social de la crisis económica, vivido en algunos países de forma dramática. Se ha pagado un precio en términos no solo de crecimiento sino, sobre todo, un precio en términos de destrucción de empleo e injusticia social. Los ciudadanos europeos consideran muy valiosos sus sistemas de bienestar social. La economía social de mercado europea es una marca que nos diferencia de otras economías y sociedades mundiales y acompaña los valores que los europeos compartimos: responsabilidad y solidaridad con los otros países y con las futuras generaciones. A través de la adaptación de estos sistemas de protección y bienestar debemos garantizar su pervivencia a futuro. Esta ha de ser la base de la legitimidad del accionar europeo.

Los errores cometidos en el pasado deben ser subsanados si queremos abordar las brechas que aún quedan por cubrir entre Europa y sus Estados pero especialmente entre Europa y los europeos.

'Rendre possible ce qui est nécessaire'

La Unión Europea ha de tender puentes que le permitan garantizar a los europeos una vida en común y que se garanticen sus expectativas. En un mundo complejo como el que vivimos, los Estados miembros cada vez se verán más imposibilitados para responder plenamente a la magnitud de los desafíos y, por otro lado, la Unión Europea carece de todos los instrumentos para hacerlo. Definir cómo se va a construir nuestra comunidad para hacer posible lo que es necesario, ha de convertirse en una prioridad a futuro.

De ahora en adelante, no se ha de confiar en un "consenso implícito" de los ciudadanos respecto a la UE ni tampoco dedicarnos a avanzar a través de procesos burocráticos y deliberaciones diplomáticas. Hay que explicitar dicho consenso.

Las últimas elecciones europeas han mostrado la cara menos amable de la integración retro trayéndonos a viejos excesos históricos: estereotipos y rivalidades nacionales, ultra-nacionalismos así como mostrando un creciente desencanto hacia la construcción europea. El seguir adelante como si nada hubiera pasado no es una opción, se está imponiendo cada vez más un sentido de urgencia, un viento de cambio para decidir cómo volver a ser un proyecto ilusionante para los europeos.

No se trata de caminar hacia la asimilación indiferenciada y el ultra-integracionismo. Cada proceso de integración debe diseñarse y desarrollarse de acuerdo a las características y necesidades propias de cada integrante. Pero sí se debe encontrar la voluntad política y el liderazgo adecuados para encontrar las bases de lo común. "Necesitamos que vuelva la política", apuntó Mario Monti, ex primer ministro italiano. Una vez garantizado el impulso político habrán de resolverse las cuestiones de fondo: ¿cuál es el propósito de la UE?, ¿qué

queda en manos de Bruselas y qué en las capitales nacionales?, ¿podemos pensar en una Europa de distintas velocidades, con miembros que desean una integración más profunda y otros que desean avanzar menos?, en resumen ¿cuál es nuestra visión a futuro? Una vez solventada esta tarea, los cambios de legislaciones y cuestiones técnicas seguirán.

Una agenda de futuro

Este nuevo comienzo para Europa coincide en el tiempo con nuevas instituciones. Una nueva Comisión Europea para el periodo 2014-2018 y una nueva configuración del Parlamento Europeo. Por primera vez la elección del candidato a presidir la Comisión (el poder ejecutivo de la Unión) se ha derivado directamente del resultado de las elecciones al Parlamento Europeo. Así, el futuro presidente, el luxemburgués Jean-Claude Juncker, procede de la familia política con mayor número de representantes parlamentarios europeos. El objetivo es reflejar la voluntad política ciudadana en las instituciones comunitarias dotándolas de una dosis muy necesaria de legitimidad democrática.

A partir de ahora se abre el camino para volver a generar los consensos necesarios para la recuperación política de Europa. Se trata no de "revolucionar" sino de "evolucionar" para atajar, no ya una crisis económica o financiera sino la persistencia de desajustes a escala institucional y de gobernanza. La vista debe estar puesta en establecer prioridades que comprendan los ámbitos de acción necesarios para el bienestar de los europeos. Una agenda de crecimiento y empleo, de innovación, de fomento de las energías limpias y cuidado del medio ambiente, una política económica y monetaria más responsable y justa y un irrestricto respeto de los derechos fundamentales.

También necesitamos una Europa fuerte y cohesionada en materia de política exterior. Las recientes crisis de Ucrania y la situación en Oriente Medio son pruebas de lo imprescindible del rol europeo a escala internacional. Es necesario poner en marcha mecanismos que anticipen crisis y generen respuestas conjuntas. Necesitamos ser más eficientes en el uso de las herramientas de acción exterior: política comercial, cooperación al desarrollo, política de vecindad de forma que se combinen con una misma lógica.

Las instituciones europeas deben entablar un diálogo político a escala continental de forma que honremos ese concepto tan europeo que es la supranacionalidad.

No sería justo dejar de reconocer el gran valor de la experiencia europea como testimonio de la capacidad de los pueblos y Estados de superar la estrechez de miras y rivalidades. La gran aportación europea ha sido la de poner las bases de una construcción política radicalmente innovadora a través de un proceso gradual de integración supranacional capaz tanto de superar las limitaciones crecientes del Estado-Nación en la era de la globalización como de poner límites al concepto omnímodo de la soberanía estatal surgido de Westfalia, todo ello respetando las identidades de cada uno de sus componentes.

El pasado 10 de diciembre de 2013 la Unión Europea fue reconocida con el Premio Nobel de la Paz. Este galardón debe ser interpretado no ya como un merecido reconocimiento de las aportaciones de la UE descritas por el comité noruego, sino también y fundamentalmente, como una incitación para que más allá de su historicidad como proyecto de paz, la UE sea capaz de dar una respuesta esperanzadora a las nuevas generaciones de europeos que legítimamente se interrogan no ya por lo que hizo la UE en el pasado sino por lo que puede hacer por ellos en el futuro.